

rreno de la realidad, esto es llevar á perfecta sazón el fruto de la elocuencia. El medio que da aquí para alcanzar la perseverancia final es que huyan de las ocasiones de pecar, no sólo de las próximas y graves, mas aun de las remotas y ligeras. Tiene su exordio, su confirmación y su peroración. ¡Qué bien se distinguen en la confirmación las tres partes que requiere el orador poeta, Arias Montano.

*Tres igitur sunt hae, quas confirmatio partes
Versat agens; est una fides, est altera pondus,
Est firmamentum, quod semper percussit hostem*¹.

Fides; declara en qué consiste este huir de las ocasiones remotas, ya por medio de una **distribución**, ya por la autoridad de San Juan Crisóstomo. (§ XI.)

Pondus; pondera y encarece la necesidad de este medio: a) por razón de los pecados; b) porque no basta al penitente lo que al varón ya perfecto (§ X); c), porque es más fácil de resistir al enemigo que no éntre, que echarlo de casa. (§ XI.)

Firmamentum; en que se revuelve contra los oyentes que, no sólo no huyen de las ocasiones remotas, sino que viven entre mil peligros y ocasiones próximas. (§ XII.) Siempre que se pueda, hemos de valerlos de esta arma poderosísima,

*Quae nostrum non fulcit opus, sed concussit hostes
Crebro collidens fundamenta impete, necnon
Ictibus assiduís, inimicaque tela retundit*².

¹ Rhet. lib. II. —² Ibid.



DISCURSO TREINTA Y OCHO

CONSOLACIONES DIVINAS

Pax vobis: ego sum, nolite timere.
Pax sea con vosotros; yo soy, no queráis
temer.

LUC., XXIV, 36.

EXORDIO

*Por insinuación
oratoria.*

NADIE más fácil de engañarse que quien se gobierna en sus juicios por solas apariencias. Levanta los ojos al cielo en una noche serena aquel simple pastorcillo que nunca midió por instrumentos astronómicos ni la grandeza, ni la distancia, ni el concertado movimiento de las estrellas; y, cotejándolas con la luna, las desprecia á todas con desdén, como lumbreras menores que acompañan y hacen la corte á la mayor. Y, ello no obstante, es falsedad, porque no hay estrella en el firmamento, por pequeña que sea, que no aventaje incomparablemente la magnitud de la luna. Y si dijerais al rústico pastor que aquellas lumbrécillas tan menudas son tanto mayores que la redondez de la tierra, que podrían contenerla, unas centenares de veces, y otras millares de millares, ¿con qué dificultad lo creería? Imaginará además, y tendrá por cierto, que las que se mueven con movimiento velocísimo están fijas, y las que giran á distancias inmensurables voltean muy cerca de su ejido. Y á esta traza y compás, regulándose por las apariencias exteriores, tendrá por dibujado el cielo con los colores hermosísimos del arco-iris, y por verdaderamente pintado de azul el aire limpidísimo en los días más serenos, y en los del abrasado estío creerá que se abrazan las nubes

*Proposición re-
mota.*

*que es peligroso
juzgar por los
sentidos.*

*Declárase a) por
inducción natural*

*del cielo y de la
tierra.*

hipótesis.

antítesis

y dialogismo tácito.

con encendidos fuegos y arrebales; y, si quiere dar fe á las imágenes que en el agua se representan, jurará que los remos metidos dentro se quiebran ó se tuercen; y si navega el mar en una nave, afirmará sin duda que vuelan las riberas y corren verdaderamente las montañas. ¡Tan expuestos á equivocarse están los que juzgan por solas apariencias, y, como dice el bienaventurado San Agustín, no siguen más regla en sus dictámenes que la costumbre de mirar! *Tota regula intelligendi est consuetudo cernendi*.

Mas ¿á qué traer argumentos extraños? Cuando los apóstoles vieron en la mañana de este dichoso día entrar al Salvador en el cenáculo á puertas cerradas, y que les mostraba llagas en los pies, llagas en las manos, llaga en el costado, sobresaltáronse á tal vista de manera que, turbados y despavoridos, iban á huir precipitadamente, como de un duende ó fantasma, que se les hubiera entrado para intimidarles, no paz y bienandanza, sino sangre y desolación. *Conturbati et contreriti existimabant se spiritum videre*¹, Mas cuando, recobrados del susto, se alentaron y probaron de acercarse á él, y examinar qué era, halláronlo tan diferente de lo que al principio imaginaban, que no cabían de contento y maravilla. *Mirabantur prae gaudio*², y no se hartaban de contemplar, como prendas de salud, aquellas mismas llagas que miraban antes como presagios y mensajeros de desgracias.

Pues bien; figuraos que tal es el engaño de muchos cristianos, los cuales, queriendo juzgar de la vida espiritual solamente por el semblante de fuera, la imaginan tan hurraña, tan odiosa y espantable, que es lo mismo, á su parecer, acercarse á Cristo, que ponerse en el trance de la muerte. Creen que jamás prueban los tales qué cosa es deleite, qué alegría, qué risa y contentamiento, y así huyen como despavoridos del trato y conversación de Dios, que, bajo formas y apariencias de terror, esconde prendas inestimables de paz y de felicidad. *Pax vobis; ego sum, nolite timere*. Desengañaos, pues, los que por ventura padecéis semejante engaño, y á este fin prestadme por última vez

¹ Luc., xxiv, 37.—² Ibid., 41.

b) por autoridad.

γ) por la aparición de J. C.; áfectos

de sobresalto

y alborozo.

δ) por el sentir de muchos

acerca de la vida espiritual.

vuestra benévola atención, mientras os demuestro, con el favor divino, cómo la vida espiritual no es, como á vos otros parece, enojosa y desabrida, mas antes muy sabrosa y deleitable.

Proposición próxima.

PARTE PRIMERA

II

Y, en primer lugar, no sé ciertamente cómo no acabáis de comprender algunos de vosotros que no es desdichado y miserable el hombre espiritual, por verse privado de todos los pasatiempos que se tienen por inocentes en el mundo, y sujeto más bien á mil trabajos y extrañas penalidades.—Pues ¿qué es, me decís, vida espiritual y devota?

Hablar poco, llorar mucho, verse burlados y escarnecidos, hoy en esto, mañana en aquello; sufrir gran mengua de cosas temporales; padecer dolencias en el cuerpo, manillas en el honor, agravios en los intereses; y esa vida ¿puede dejar de ser infelicitísima?—En realidad de verdad, que me oponéis con vuestro argumento un fortísimo escollo, á fin de que, espantado, vuelva atrás, recién salido del puerto mi discurso. Pero mirad lo que me arredra esa objeción, que oso decir, por el contrario, que las personas de espíritu, no sólo están hechas á padecer esos males que habéis encarecido más de lo justo, pero también que los quieren y gustan de pasar por ellos; de suerte que, donde no los hallan á la mano, ellos mismos se los buscan. Vosotros decís que padecen injurias y menosprecios; y yo añado que se los procuran, como un Simón que se fingió loco para hartarse de oprobios y baldones. Vosotros decís que padecen gran pobreza y falta de lo necesario; y yo añado que la buscan con ansia, como un San Francisco, que vino á andar desnudo para sentir más los rigores de la miseria. Vosotros decís que padecen enfermedades; y yo añado sobre esto que, en cuanto les es lícito, las fomentan en sus cuerpos, como un San Bernardo, que, para vivir más doliente y achacoso,

moraba en los yermos de cielo más insalubre y destempla-

Arg. 1.º
du sí, ó si hay deleites en la vida espiritual.

Parece que no:

a) porque es muy trabajosa.

b) porque el premio es para despoes.

Respuesta á lo 1.º Concediendo y exagerando

las penalidades de los justos.

por dialogismo

d) fñición de la vida espiritual.

do. ¿Y no veis cómo los varones espirituales se enflaquecen de continuo con ayunos, se lastiman con cilicios, se despedazan á azotes, se consumen con vigiliás prolongadas, sin que nadie les fuerce á tales asperezas? ¿Y qué? ¿decís que son por ello desdichados? No; por ninguna manera, responde el gran obispo Salviano: Nadie es desdichado por juicio ajeno, sino por el propio sentimiento; por donde no pueden ser infelices, por la falsa apreciación del extraño, los que realmente por su conciencia son dichosos. *Nemo aliorum sensu miser est, sed suo; et ideo non possunt cujusquam falso iudicio esse miserí, qui sunt vere sua conscientia beati* ¹. Y pues los justos con tanta ansia van buscando esas miserias y padecimientos, y compran á tanta costa una tierra al parecer tan yerma, tan quebrada, tan silvestre y pedregosa, fuerza es concluir que algún rico tesoro han descubierto en ella que á nosotros se nos esconde. ¿Qué tesoro es éste? Son las alegrías del espíritu; son las interiores consolaciones; son aquellas hablas amorosas y regaladísimo tratamiento que da Dios, aun en este destierro, en recompensa de los trabajos que de vez en cuando se pasan por su amor.

Respuesta á lo 2.^o Porque ¿qué imagináis, oyentes míos? ¿Que Dios maltrata en esta vida á sus siervos, ya que ha de galardonarlos en la otra? ¡Oh qué errados andáis! Que quiera nuestro Señor premiarlos liberalmente en la otra vida, podrá moverle, como notó San Bernardo, á no darnos acá abajo remuneración terrena de riquezas, de honores, de aplausos, de deleites mundanales y vanísimos, mas no será parte á que no anticipe el premio celestial del gozo íntimo y verdadero. A los combatientes ¿no se les promete por ventura magnífico galardón para después de conseguida la victoria? Mas todavía vemos que, entre tanto que dura la guerra, se les reparte el sueldo conveniente. A los segadores y jornaleros ¿no se les promete copiosa paga para después de la siega? Mas, durante ellas, se les provee también de algún mantenimiento y solaz. Con efecto, dice el Santo, á los obreros y trabajadores de este siglo suele dárseles la comida en el trabajo, y la paga después de la faena. *Nimirum, et ope-*

(enamación y gradación elo-cuente)

y negando que no sean dichosos,

porque en su sentir lo son,

por testimonio y definición.

que es conveniente que Dios anticipa el galardón,

por inducción para

de los soldados

y jornaleros.

¹ Lib. de Prov.

rariis hujus sæculi, solet cibus in opere, et mercis in fine dari. Así justamente creed que lo hace Dios nuestro Señor. Tiéenos aparejado en la vida por venir un magnífico galardón, mas no por esto nos defrauda aquí de nuestro salario.

Había prometido su Majestad á los israelitas una tierra tan afortunada, que manase leche, y fluyese miel y abundase de mil regalos y riquezas. Con todo esto, ¿con cuánta largueza les anduvo proveyendo mientras caminaban por el desierto? Parece que pudiera decirles Dios con harta razón: Hijos míos, por ahora pasado como podáis. Echad mano de las hierbas y raíces, comed los agrazones y frutas silvestres que encontréis por el camino; día vendrá en que nadaréis en la abundancia y comeréis frutas regaladas y carnes sabrosísimas. Tendréis entonces las viñas siempre lozanas, los trigos siempre espigados, los olivos siempre cargados de aceitunas, y las dehesas y pastos siempre verdes. Os cercarán en torno bosques de abundante caza, y mares de regaladísima pesca. Así, que no os pese ahora ni llevéis á mal que no podáis satisfacer cumplidamente vuestra hambre.—Así pudiera decirles nuestro Señor, y no se lo dijo; mas antes tratóles con tal liberalidad y esplendor en el yermo, como no gozan muchos en medio de las ciudades. *Pluviam voluntarium segregavi Deus hereditati suæ* ¹. Formó para su mantenimiento un nuevo manjar, no conocido en la mesa de Paraón, y á fin de proveer, no sólo á la necesidad, mas aun á la exigencia de sus postrados paladares, encerró y templó con arte maravilloso en un bocado de maná la muchedumbre de todos los sabores. Retráctese, pues, quien sin fundamento se persuada que, por tener nuestro gran Dios preparados en el paraíso aquellos torrentes de ambrosía para hartura y deleite de sus siervos, los ha de mantener aquí con brebajes amargos y con el jugo del ajeno. Muy al revés, os digo y aseguro que, aun en esta miserable peregrinación, les da en abundantísima copia las bendiciones de su dulcedumbre, pero tan secretas y escondidas, que sólo el que las percibe las entiende: *Manna absconditum, quod nemo scit nisi qui accipit* ².

Luego

Confirmación por ejemplo ilustrado

de Israel en el desierto.

Exposición;

modo y descripción de la tierra prometida,

por prosopopeya conjetural;

descalace.

Conclusión

por aplicación del ejemplo bíblico.

¹ Ps. LXVII, 10.—² Apoc., II, 17.

III

Arg. 2.^o
 Qué sí, ó qué
 deleites son ma-
 yores.

Los que gozan
 los justos.

¿Per qué?

porque los delei-
 tes del espíritu
 aventajan á los del
 cuerpo.

Demostración por
 autoridades pro-
 fanas, y ejemplo
 de Arquímedes:

portantí, ó el ha-
 llazgo

realizado ab ad-
 junctis;

apódosis

ó encarecimiento
 de Plutarco,

Resta sólo que averigüemos si estas consolaciones y dulzuras son realmente tales y tan sabrosas que hagan venta. ja á las del mundo, como los manjares de los israelitas en el desierto eran sin duda más gustosos que los ajos y co- hombros de Egipto. Pero fácilmente os convenceréis de ello con sólo ponderar la diferencia y distinto metal de los delei- tes que son propios de las personas de espíritu, y los que gozan los hombres de mundo. Porque, como sabéis, los delei- tes de los unos son deleites del cuerpo, los deleites de los otros son gozos del espíritu; y no hay duda que los deleites del espíritu son de más subidos quilates que los del cuerpo. Si éste fuese un dicho solamente de algún santo, codicioso parcial de la virtud, podría por ventura engendrar sospecha de falsedad, ó al menos de ambicioso encarecimiento. Mas es proposición asentada por los mismos gentiles, por un Plutarco, por un Séneca, por un Platón, por un Aristóte- les, los cuales pusieron la bienaventuranza del hombre, no en las operaciones toscas y animales del sentido, sino en las nobles y levantadas del espíritu. No quiero ahora con- vencer esta verdad con razones, aunque son innumerables y evidéntísimas; conténtome con argüir solamente por ex- periencia. ¿Quién de vosotros no ha oído mil veces el extra- ño júbilo que mostró un día aquel insigne filósofo Arquíme- des, á la sazón que, estando bañándose, de presto encontró, cuando menos lo esperaba, una demostración mecánica que en vano hacía tiempo iba buscando? Fué tanto y tan arre- batado el gozo de su alma, que, saltando repentinamente del baño, salió hacia su casa corriendo como loco y fuera de sí, y voceando por las calles: Eureka, eureka, ¡ya lo hallé! ¡ya lo hallé!, tan absorto y embebecido en el deleite de su hallazgo, tan enajenado de los sentidos, que ni le vino al pensamiento envolverse con un pedazo de lienzo. Venid, pues, acá, añade Plutarco, después de haber referido este suceso tan extraño; venid acá y traedme algún Apicio, uno de los hombres más glotonos y regalados del mundo, que, después de haber henchido el vientre de las viandas más

ricas, de perdices y faisanes bien cebados, se alzaba tan alegre de la mesa, que por el exceso del júbilo y satisfac- ción, anduviese á voces gritando: *voravi, voravi*, me he hartado, me he hartado. Traedme algún Polieno, uno de los hombres más lujuriosos de que hay mención en las his- torias, que, después de haber desfogado su liviandad en obscenas saturnales ó en luperales lúbricos y desenfrenados, saliese de allí tan regocijado y radiante de gozo, que anduviese gritando por las calles, extático de alegría: *amavi, amavi*. He desfogado mi pasión, he desahogado mi liviandad. Esto de ninguno se lee, dice el profundo filósofo: *Neque vero audivimus, vel gulosissimum quemquam clamare, voravi, voravi; vel lascivissimum, amavi: cum quidem et sint, et fuerint innumeri intemperantes*. ¿Quién no ve, de consi- guiente, cuánto sobrepujan los deleites del espíritu á los deleites ponzoñosos de la carne?

¡Vivísima consideración, por cierto! Mas si tal y tan ve- hemente es el deleite del espíritu, sólo al contemplar ver- dades naturales de cosas menguadas y caducas, que excede incomparablemente á todos los regalos del sentido, ¿qué de- leites sentirá en la contemplación de verdades divinas y eternas? ¡Oh quién pudiese rastrear el gozo inenarrable de un corazón limpio y devoto sólo al pensar en su Dios, sólo con volver los ojos hacia él! ¡Oh!, ¿quién lo podrá explicar? ¡Bienaventurado el pueblo que sabe por experiencia qué cosa es jubilación!, dice el real profeta: *Beatus populus, qui scit jubilationem*¹. Yo no lo sé, ni puedo, como tan ruin y pecador, hablar por experiencia. Pero, verdaderamente, oigo que me testifica un San Bernardo, verdaderamente aquél es solo, puro y macizo deleite que se percibe, no de la criatura, sino del Criador, y que nadie te puede quitar, si lo poseyeres; en su comparación, cualquier alegría es tristeza, toda suavidad es dolor, toda la miel del mundo es amargura, toda belleza es fealdad; finalmente, todo lo que puede deleitar es enfado y pesadumbre².

¹ Ps. LXXXVIII, 18.

² *Revera illud solum et verum est gaudium, quod non de creatura sed de Creatore percipitur, et quod cum possederis, nemo tollet a te: cui com-*

Y ¿no encierra Dios con eminencia las perfecciones de todas las criaturas? Ciertamente que sí; de otra manera, ¿cómo podría dar á los colores la hermosura que cautiva nuestros ojos? ¿á los sonidos la melodía con que nuestros oídos se arrebatan? ¿á los cuerpos la blandura que tanto codicia nuestro tacto? ¿á las flores la fragancia que tanto busca nuestro olfato? ¿á los manjares el sabor que tanto apetece nuestro paladar? ¿Quién no ve, por lo mismo, que gozando el alma de su Dios goza de lleno en una pieza de todos los bienes y objetos deleitables que fuera de Dios gozaría imperfectamente y derramados en varias criaturas; y que, por consiguiente, tanto más vivo y acendrado será el deleite que recibirá cuanto más juntos, más unidos, más apretados goza todos los bienes deleitables, que es por ventura lo que quiso agudamente significar el santo rey David cuando decía que codiciaba la vena de las aguas? Como desea el ciervo, exclamaba, los manantiales de las fuentes, así codicia mi alma á ti, Dios mío: *Quemadmodum desiderat cervus ad fontes aquarum, ita desiderat anima mea ad te, Deus* ¹. ¿Qué? ¿no podía, acaso, si no era más que ciervo sediento, contentarse con las corrientes de las aguas, con los puros arroyuelos? ¡Ah! no, hermanos míos; no está aquí el deleite; el deleite está en beber en la misma vena del manantial.

De aquí nacia en los santos que, siempre que salían de contemplar las grandezas de Dios, era con un asco, con un disgusto y desabrimiento, y aun con tal abominación de todos los contenidos, no ya sensuales, pero también sensibles, que ningún deleite corpóreo ni temporal los recreaba; y así unos cerraban los ojos para no ver las hermosuras terrenales y pasajeras, como aquel monje Silvano, de quien habla Casiano; otros se tapaban las orejas para no oír voz ni palabra de mortal, como el santo abad Serapión, á quien menciona Paladio; otros no podían acabar consigo de probar un bocado de los manjares de este mundo, aunque más

parata omnis aliunde jucunditas moeror est, omne postremo quodcumque aliud delectare possit, molestum est. Epist. 110.

¹ Ps. xli, 2.

hambrientos y desfallecidos, como es notorio en la bienaventurada virgen Santa Catalina de Sena; y otros andaban tan engolfados en su Dios y tan insensibles, que no les despertaban de su dulce embelesamiento las punzadas más agudas, como sucedía á Santo Domingo Loricato, ni el hedor de carnes podrecidas, como le pasaba á Jacobo el penitente. Bien veo que por nuestra imperfección no podemos aspirar á tanto: mas eso no quita que, allegándonos también nosotros á una tan rica y bienhechora fuente, no podamos, conforme á la capacidad del vaso, participar de la abundancia de los divinos deleites. *Dilata os tuum, et implebo illud* ¹. Ensancha los senos de tu corazón, y yo los henchiré de mi soberana dulcedumbre.

IV

Y cuando no alcanzáremos otra cosa, ¿no podremos conseguir al menos aquel deleite que nace del corazón verdaderamente espiritual, aquella paz y gozo de conciencia, que sobrepuja todo entendimiento? *Pax Dei, quae exsuperat omnem sensum* ². Y ¿á quién ha de envidiar quien goza de esta paz? Ténganse los mundanos cuanto quieran de placeres engañosos, mas no sentirán lo más subido del deleite hasta que no posean la paz y descanso del corazón. Pero este descanso ¿cómo puede reinar en el pecho tempestuoso del impío? Vemos en la naturaleza que ninguna cosa, mientras anda lejos de su fin, goza de tranquilidad; sólo descansa cuando ha llegado al fin del movimiento. ¿Veis aquella roca que se despeña? Solamente se sosiega cuando acaba de caer. ¿Veis la aguja de marear? Sólo descansa cuando mira al Norte. Y en las cosas morales ¿no veis, por ejemplo, que no descansa aquel médico hasta haber devuelto la salud al doliente, que es el fin de su arte, y consiguientemente, el término de su movimiento? Mientras el doliente no está restablecido, anda en cesante agitación y solicitud; viene, torna, estudia, manda, receta; ya le

Silvano, Serapion, etc.

Conclusión por autoridad.

Arg. 2.^o
Quale sit, ó el deleite de la buena conciencia.

por silogismo oratorio.

No hay deleite como la paz del corazón.

pero no la tienen

ni pueden tener los mundanos.

porque nada descansa sino en el fin.

¹ Ps. lxxx, 11. — ² Phil, iv, 7.

toma el pulso, ya le mira la lengua, ya observa los ojos; ordena hoy una medicina, mañana otra; infórmase con diligencia de cómo pasó la noche, si reposó de día, si comió con apetito, si bebió con gusto ó con hastío. Mas recobra la salud, gracias á Dios, dice, ya puedo ahora descansar; y no vuelve más á aquella casa, ni pregunta, ni averigua, porque ya consiguió todo su fin.

Esto supuesto, prestadme vuestra atención, y decidme: ¿cuál es el fin del hombre, oyentes míos? ¿No es la bienaventuranza? Luego no sosegará jamás hasta alcanzar la bienaventuranza, y, por el mismo caso, hasta que se abraza con su fin. Pero los mundanos, ¡cuán lejos caminan de esa bienaventuranza! Todos van errantes y descarriados por las sendas de sus apetitos, dice el Profeta: *Unusquisque in via sua erraverunt*¹. La única y verdadera felicidad, de común consentimiento de todos los sabios, no puede hallarse sino en Dios. Y los mundanos y pecadores ¿adónde se encaminan? Ya se mueven hacia las riquezas, y las riquezas les dicen: nosotras no somos la bienaventuranza, porque la bienaventuranza es un bien amable por sí mismo, y nosotras sólo somos apetecibles en razón de medio; buscadla en otra parte, si queréis ser felices.—Y ellos, no hallando hartura ni descanso en las riquezas, muévense hacia los honores del mundo, y las honras les dicen: no somos nosotras la bienaventuranza, porque la bienaventuranza es un bien libre de mudanzas y vaivenes, y nosotras estamos sujetas á variaciones y trueques infinitos: buscadla en otra parte, si queréis ser felices.—Y ellos, más inquietos y desasegados en sus honras, muévense hacia los manjares y banquetes; y los manjares les dicen: nosotros no somos la bienaventuranza, porque la bienaventuranza es bien propio del hombre, y nosotros somos comunes á las bestias; pasad más adelante, si queréis ser verdaderamente felices.—Y ellos, hambrientos de felicidad entre la hartura de los banquetes, muévense hacia los juegos, muévense hacia las músicas, muévense hacia las representaciones y espectáculos, búscanla en los circos, en las carreras, en los devaneos del

por inducción en la naturaleza y el arte

(hipótesis)

y el fin ó bienaventuranza del hombre es Dios,

del cual andan los ojos los impíos,

por viva descripción y prosopopeya,

voz de las riquezas,

voz de las honras,

voz de los placeres,

voz de todas las criaturas.

¹ Is., XLVII, 15.

amor, y de todas las criaturas reciben la misma respuesta: porque la bienaventuranza no se puede hallar sino en un bien perfecto, en un bien sumo, estable, universal, lo cual no cabe más que en Dios. Y ¿qué viene á suceder? Que los miserables pecadores viven en perpetua inquietud, porque están en perpetuo movimiento, á causa que, en lugar de moverse derechamente hacia Dios, fin último y bienaventuranza del hombre, vanse por sendas contrarias y muévense tumultuosamente, ora hacia una criatura, ora hacia otra, en una rueda de infinitos deseos: *Impii in circuitu ambulanti*¹, como dijo de los impíos el real profeta.

Mas ¡cuán de otra manera acaece, oyentes míos, á los justos! Éstos enderezan sus pasos hacia Dios sin torcimientos ni desvíos, conforme á la sentencia de Isaías: *Semita justí recta est, rectus callis justí*². Derecha es la senda del justo, y rectos sus caminos; de donde sólo ellos hallan reposo y quietud; porque sólo ellos se abrazan con su fin. Y puesto caso que nunca en esta vida pueda el alma abrazarse total y perfectamente con su fin, y así no pueda ser cumplidamente bienaventurada, pero todavía, si alguien en este destierro participa de la verdadera felicidad; si hay hombre que de veras se alegre, y se goce, y se regocije, es el justo; como quiera que se avvicina más á Dios, según la voz que sonó en los oídos del profeta: Himno de júbilo á todos los santos y bienaventurados del cielo; y ¿á quiénes más? Al pueblo que se llega á él: *Hymnus omnibus sanctis ejus, populo appropinquantí sibi*³.

V

No hay, pues, por qué cansarse en porfiar que es triste y austero, y por extremo hórrido y desabrido, el camino de la virtud; porque, dado que así parezca, en realidad no es tal, y vuestros sentidos no son testigos tan fieles y abonados como acaso imagináis. Mas antes, ¿sabéis lo que en esto acaece? Lo que al gran libertador Moisés. Nadie de vosotros ignora cómo se le apareció la majestad de Dios en la

Luego es imposible que sosieguen,

por símil bíblico de la rueda.

Al revés, los justos van derechos al fin.

Luego han de vivir contentos,

por polisíndeton

Arg. 4.^o Construcción a símil.

Transición por corrección.

Moisés en el Sinaí, figura del justo en la penitencia.

¹ Ps. xi, 9.—² Is., XXVI, 7.—³ Ps. CXLVIII, 14.

cumbre del monte Siná, para darle de su boca la ley que debía promulgar á su pueblo. Pero ¡con qué tremendo y pavoroso aparato! Parecía que todas las tempestades del cielo y del abismo venían á mover guerra contra Moisés en aquel monte. El campo de batalla era la región del aire, el cual, para acrecentar el horror, había encubierto el sol y tendido á la redonda las tinieblas más espesas; sólo de cuando en cuando relampagueaban algunas como hachas encendidas, que daban luz á aquella noche, pero luz tan tétrica y espantosa, que hacía más deseables las tinieblas. Respondía entre tanto á entrambas vertientes con formidable estrépito, el retumbar de los truenos al sonido de las trompetas, y el sonido de las trompetas al retumbar de los truenos. Imposible conocer si era aquella la señal de combate, ó término de él; ello es que, para mayor tumulto y confusión, en el mismo instante que aparecía el relámpago estallaba el trueno, y en el mismo que estallaba el trueno caían con el trueno las centellas. Humeaba el monte por las grietas y hendiduras que hacía el rayo en sus entrañas, y, vomitando fuego y esparciendo llamas, creyérase que por momentos iba á arder y desaparecer el monte á la fuerza del incendio.

Imaginad ahora, oyentes míos, qué haría, qué diría á vista de estos horrores, aquel miserable pueblo. Estaba acampado en derredor, á la distancia que les había Dios señalado, y oían aquel estruendo, y veían aquellos reencuentros y batallas, y sabían que en medio de ellos se encontraba su caudillo. ¿Qué habían de pensar? Hallábanse confundidos hombres y mujeres, niños y ancianos, y los hombres mismos, como de rudo entendimiento, probablemente creerían que cada instante era el postrero para Moisés. «¡Ay!, exclamarían espantados unos, al ver desatarse un rayo: ¡ése va derecho á herirle!»—«¡Ay!, exclamarían otros, al ver salir de la tierra la llamarada de fuego, que va sin duda á tragarle».—«¡Pobre Moisés! ¿Cómo es posible, dirían otros, que tanto humo no le ahogue la garganta? Harto osado fué en adelantarse y subir tan alto. ¿No podía quedarse con los demás á la falda del monte, y excusarse con Dios nuestro Señor, que no podía seguirle hasta la cumbre?»—Así es de creer que murmuraría desavorido el pueblo y aterrorizado. Y tanto

Narración ilustrada,

1.ª parte. los horrores del Siná,

por hipotiposis de terror,

amplificada por dialogismo conjetural,

de los israelitas espantados,

confirmado a consecuencia,

es así que, como tardase Moisés, todos le tuvieron por muerto, y de común acuerdo suplicaron á Aarón que les buscase otros dioses más blandos y amorosos, ya que el que tenían era tan terrible que les había muerto á su caudillo: *Putantes Moyssem esse mortuum, ad Aaron accesserunt, petentes sibi Deos fieri*; así dice sobre este pasaje el Abulense¹.

Mas ¡cuán engañados iban, mis amadísimos oyentes! Ni en los verjeles más floridos de los príncipes, ni entre las sombras más frescas de los ríos, gozó mortal ninguno de las delicias que embargaban á Moisés entre el fragor de las deshechas tempestades y el estrago de los volcanes encendidos. Gozaba en medio de aquel estruendo de suavísima conversación con Dios, y, sin necesidad de comer ni de dormir, pasaba los días y las noches dulcísimamente embebecido en contemplar la hermosura del divino rostro; ni fueron parte los truenos á turbar su quietud, ni los relámpagos á deslumbrar su vista, ni los rayos á tocar siquiera la orla de su vestido; antes bien, si creemos á Moisés autor, todo aquel alarde pavoroso no fué batalla, sino mera justa ó simulacro, donde ni era verdadero aquel fuego, ni verdaderos aquellos rayos, ni verdadera aquella catástrofe.

Veis, pues, aquí, ¡oh cristianos!, el retrato más vivo de lo que vamos diciendo esta mañana. Es la vida de los justos otro monte Siná; monte, para quien mora en lo alto, apacible y sobremanera deleitoso; para los que de lejos lo miran, espantable. La gente plebeya y el grosero vulgo, que no juzgan sino lo que parece por de fuera, compadecen á los pobrecillos que quieren subir arriba, y mejor fuera, dicen ellos, quedarse á la raíz del monte que no empeñarse en aspirar á la cumbre de la perfección. Porque ¿qué puede haber allí sino recias batallas de la sensualidad contra la razón, de la carne contra el espíritu? Y entre tantas batallas y reencuentros, ¿cómo es posible no estragar la salud y perder la misma vida? Temen que cualquiera mortificación ó penitencia ha de ser un golpe fatal que va á cortarles, ó á lo menos consumirles, las fuerzas; y así como decían los israelitas: No nos hable el Señor, no sea que muramos: *Non*

2.ª parte. El pasaje de Moisés,

por descripción amena

y viva contraposición.

Aplicación de la 1.ª parte.

y opinión de los mundanos,

sobre la vida espiritual.

por dialogismo.

¹ In c. 32, Ex. q. 2.

y afectos de te-
mor. *loquatur nobis Dominus, ne forte moriamur*¹, así dicen ellos: «Dejemos para quien lo quiera tanto trato y familiaridad con Dios; si queremos vivir en paz, si no queremos desfallecer de puro quebranto, quedémonos en la falda, lejos, lejos de esa cumbre. No nos hable el Señor; no queremos esas altas comunicaciones, no sea que muramos. *Non loquatur nobis*

Aplicación de la
2.ª parte. *Dominus, ne forte moriamur*». ¡Oh locos y desvariados pensamientos! No sólo no mueren los Moisés, conversando con su Majestad en esas cumbres altísimas; no sólo no se apenan, pero son banqueteados y embriagados con un néctar tan divino, que no cuidan de comer, ni piensan en dormir, y, pasándose los días y las noches en sabrosos coloquios con

ó continuo ban-
quete de los jus-
tos. su Dios, se ríen en su corazón de esos miedos y terrores que tanto atemorizan al ignorante vulgo. Grande paz tiene el Señor guardada para los amadores de su ley, ni encuentran tropiezos, ni sienten pesadumbre, como los flacos imagi-

Conclusion áfe-
ctosa. *nian: Pax multa diligentibus legem tuam, et non est illis scandalum*². Y nosotros, hermanos míos, ¿no nos atreveremos á escalar ese feliz y glorioso monte, sino que nos quedaremos lejos con los cobardes y ruines que, heridos de espanto, se quedaron al pie de la montaña? *Pavore concussi steterunt procul*³. Y ¿no corregiremos este error de nuestra ima-

y práctica. gination espantadiza? y ¿no venceremos esas sombras? y ¿no esforzaremos nuestro espíritu? y ¿nos dejaremos acobardar de una vana apariencia de batallas y tempestades? ¡Oh flaqueza! ¡oh locura! ¡oh ruindad!

AMPLIFICACION
AB EJEMPLO.

VI

Narración ilus-
trada. Púsose Séneca cierto día á esforzar su corazón para hacer rostro á la muerte, ¿y de qué razón mayormente se valió? De la que vamos tratando. Representóse ante sus ojos á la muerte en su aspecto más fiero y espantable, y encarándose con ella, «no vengas, decía, á atemorizarme con este vano alarde y horroroso acompañamiento. ¿A qué fin me muestras las espadas desvainadas y los desnudos ace-

Exposición; el
filosof. y la muer-
te.

ros? ¿á qué los ecúleos y los azotes? En vano te rodeas de bárbaros sayones, armados unos de dogales, otros de cadenas, otros de garfios, otros de tenazas, otros de mazas y cuchillas. En vano me amenazas aquí con hornos encendidos donde quieres reducir mis carnes á ceniza, allí con horribles precipicios donde pretendes despeñarme. Fuera ese aparato, quita esa máscara, te conozco: *Tolle istam pompam, sub qua lates, et stultos territas: mors es, quam nuper servus meus, quam ancilla contempsit*¹. ¿Eres otra cosa por ventura que esa misma muerte á cuyo encuentro salió ha poco un esclavo mío, con la cual acaba de luchar una esclava de mi casa? Aparta, aparta pues esas máquinas é instrumentos de terror, y callen y enmudezcan tantos gritos, tantos ayes, tantas lamentaciones. ¿Qué puedes acarrearle más que dolor? y con el dolor veo luchar á aquel gotoso, y lo vence; con el dolor pelea el otro herido, y no lo teme; con el dolor combate aquel calenturiento, y lo sobrelleva. Y ¿por qué yo he de acobardarme y desmayar por un dolor, que si acaso es más recio, será también el último?—Con estas razones se animaba, oyentes míos, un gentil á despreciar la cosa más terrible de este mundo, á despreciar y desafiar la muerte. Y, en verdad, que pudo fortalecer de manera su espíritu con estas reflexiones: que cuando, por mandamiento de su ingrato discípulo Nerón, se le notificó la pena de muerte, ni palideció su semblante, ni se turbó su pecho, mas él mismo esforzaba á sus amigos, á sus criados y domésticos, á su desconsolada mujer; y en los postreros instantes, mientras la sangre á borbolones brotaba de las abiertas venas, iba dictando, no sin fatiga, desde el baño, á varios escribientes en torno suyo reunidos, nobilísimas enseñanzas, á fin de expirar en los brazos de la sabiduría moral, en los cuales se había criado.

¿Por qué, pues, no aprendemos de este varón tan señalado una lección provechosísima? Que poco importa que sea ó no gentil el maestro, si es útil y excelente su doctrina. Nosotros también sentímonos desparvoridos y como amilanados, ¿no es verdad, hermanos míos?, á la vista y semblan-

Nudo é el com-
bate postrero.

por viva prozono-
peja y apóstrofe

refutación y afec-
tos de valor y de
vergüenza.

Desenlace.

ó la muerte de un
estolito.

por hipotiposis de
paz.

Aplicación á la
vida espiritual.

r.ª parte. Temo-
res del corazón.

¹ Ex., xx, 19.—² Ps. cxviii, 165.—³ Ex., xx, 18:

¹ Lib. 3, epist. 24.

te de la vida espiritual, que se nos presenta fiera y espantable, con el cortejo hórrido de mortificaciones, de asperezas, de padecimientos y trabajos. Pues bien, acordémonos ante todo, os dire con el ilustre filósofo, de quitar á las cosas su corteza y tumultuoso acompañamiento, y de escudriñar lo que son en la realidad de la substancia, y veremos sin duda que lo único que hay en ellas de temible es el temor mismo. *Illud ante omnia meminimus, demere rebus tumultum, et videre quid in re quaque sit. Scietum nihil esse in istis terribile, nisi ipsun timorem.* Y ¿qué os es espanta, hermanos míos, en la vida espiritual, qué cosa os espanta? ¿Por ventura aquel retiro y apartamiento, que os convalidará guardar, desviados de las diversiones públicas y general licencia? Pero este y mayor encerramiento observan tantos religiosos en sus celdas, tantas vírgenes en los monasterios, tantos ermitaños en los yermos y soledades. Y ¿no oísteis referir que los Romualdos guardaron completo silencio por siete años, y los Radulfos con el mismo rigor por diez y seis? Y si ellos pudieron tanto más, ¿por qué no podréis vosotros tanto menos? No se os exige que deis de mano á todo trato y pláticas de hombres, mas solamente á las vanas, sólo á las dañosas y perjudiciales. ¿Qué os espanta, pues? ¿La asiduidad en la oración? Pero este ejercicio tenía tan soberanamente ocupados á los Antonios y á los Arsenios, que, puestos en oración al transmontar el sol, en oración los encontraba al rayar de nuevo en el oriente. ¿Qué os espanta, decidme? ¿El uso de la limosna? Pues ésta ejercitaron con tanta liberalidad San Pedro el mercader, y el obispo Pablo, que, vendidos todos sus bienes y no teniendo que dar, se vendieron á sí mismos. ¿Pero sin duda os deben asustar las penitencias tan usadas en la vida espiritual, como si fueseis de complexión tan débil y de carnes tan blandas y delicadas, que no tenéis corazón para maltrataros! Pero ¿quién más flaco y delicado que Santa Genoveva de París, que Santa Adela romana, Santa Eduvigis, Santa Teresa, Santa Isabel, que martirizaron sus cuerpos con sangrientas asperezas? No hay, de consiguiente, por qué temer la vida devota del espíritu, aunque se os presente, ya vestida de punzantes cilicios, ya cercada de abrojos y

a.ª parte. Referencia.

por ejemplos

y afectos de emulación.

el silencio,

la oración,

la limosna.

la penitencia

(por comunicación y subjección oratoria)

cadena, ya sustentada con regocijos de pan mohoso y agua desabrada. Despójese de ese aparato funerario de ceniza, de hambre, de espinas, de lágrimas, de sogas y cadenas, de tristeza y desnudez, de deshonras y enfermedades. Fuera, fuera ese alarde aterrador en que se esconde, y con que espanta á los apocados. *Tollat, tollat istam pompam, sub qua laiet, et viles terriat.*

Ésta es, en substancia, la vida que tantos y tantos han constantemente practicado. Llenos están de tales ejemplos los anales, derramadas en las historias tales hazañas. No hay edad, no hay sexo ni condición, no hay suerte ni pueblo del mundo cristiano, que no cuente con gloria infinitos ejemplos de espantosa penitencia, y encumbrada santidad. Y nosotros ¿no podremos pertenecer á tan dichoso número? ¿Qué tenían, que nosotros no tengamos? ¿No estaban, por ventura, formados de la misma masa? ¿No eran compuestos del mismo barro? Pues si queremos, como quisieron ellos, aparejadas nos están también las mismas consolaciones con que se fortalecieron y animaron ellos á padecer muchísimo por Dios. ¿Acaso le cuesta al Señor consolarte y robustecerte? Oigo que me dice el santo Job: *Nunquid grande est, ut consoletur te Deus?* ¹ También nosotros podemos gozar de los mismos deleites; también nosotros podemos esperar las mismas misericordias y regalos; también nosotros podemos obrar con aquella misma caridad que hace tan fácil y suave á un corazón enamorado lo que á otro frío y nada apasionado es insoportable. ¿Quién puede menos ahora de exclamar: Adiós mundo; adiós diversiones y pasatiempos; adiós deleites y vanidades; quedaos, enhorabuena, para los que no conozcan otros deleites más íntimos y verdaderos. Nosotros renunciamos desde ahora para siempre á los halagos de la carne mentirosa, que, so color de amistad, nos guerrea con porfiada malicia. Guerra, guerra queremos contra nosotros mismos, y contra la carne y el mundo; pero guerra provechosa, guerra justa, guerra suavísima y dulcísima. Harto necio es y muy loco quien tiene por deleite militar en las banderas de Lucifer, mortal ene-

imagen.

s.ª parte, ó peroración.

por afectos de vergüenza.

de esperanza

(repetición)

de aborrecimiento del mundo,

de la carne

y del demonio.

¹ Job, xv, 11.

migo de nuestras almas, y por pesado y trabajoso servir al sueldo y debajo de la bandera de nuestro Capitán Jesucristo, siempre ansioso de nuestra felicidad.

SEGUNDA PARTE

VII

LA DESPEDIDA,

en general

por afectos de una
bana cortesa

y religiosa hu-
mildad,

flaqueza del hom-
bre,

poder de la divina
palabra.

Despedida en
particular,

Por lo demás, henos ya, católicos, llegados con la gracia del Señor al término, yo de mis fatigas en predicar, vosotros de vuestra molestia y fastidio en escucharme. ¿Qué resta, pues, sino que yo os pida humildemente perdón de lo mal que desde este sagrado lugar os he servido, y que vosotros me lo otorguéis con vuestra acostumbrada benignidad? Verdad es que sólo aquellos verros son propiamente capaces de perdón que nacen de voluntad deliberada, no los que proceden de mengua y natural insuficiencia. Sabe Dios cuánto hubiera deseado serviros cumplidamente, como era acreedor un auditorio tan ilustrado, un ministerio tan divino, y no menos la benevolencia tan singular que á mi indigna persona siempre habéis mostrado. Pero ¿qué? Raras veces las fuerzas corresponden á los deseos, y á los propósitos la ejecución; y en mí se ha allegado otra razón, á saber: que, siendo un religioso tan ruin é imperfecto, no he sabido de un corazón que es todo frialdad, todo hielo, sacar fervor con que inflamar los corazones de mis hermanos. Mas, dado que mis sermones hayan sido fríos, desaliñados, estériles y en mil partes defectuosos, eso no estorba que la divina palabra haya debido por sí misma obrar maravillosos efectos en vuestra alma. La palabra de Dios, tanto más poderosa cuanto más desnuda, ha debido entrañar fuerza bastante para corregir los vicios en los pecadores y avivar la devoción en los justos.

¿Qué decís, pues, cristianos oyentes? ¿Qué fruto habéis sacado de tantas y tan divinas enseñanzas que nuestro Señor Jesucristo os ha predicado por boca de su indigno siervo? ¿qué provecho? ¿qué utilidad? Bien veo que la mayo-

parte de vosotros no habréis aprovechado poco, si perseveráis en lo porvenir en el tenor de la vida concertada y reforma de costumbres que emprendisteis desde el principio. Ahora, pues, ¿qué puedo añadir para confirmaros en vuestra santa determinación? ¿Que consideréis á menudo la brevedad de la vida, la incertidumbre de la muerte, la grandeza del galardón que os está aparejado en el cielo por vuestras buenas obras? ¡Ah, sí, amadísimos hermanos míos en nuestro Señor Jesucristo!; grabad en vuestro corazón para consuelo vuestro esta manda ó recuerdo, prenda última, aunque pobre, del entrañable afecto que os profeso; conviene á saber, que siempre llevéis esculpida en vuestra alma la bondad infinita del Señor á quien servís: *Quam bonus Deus iis, qui recto sunt corde!*¹ ¡Cuán bueno es Dios para los rectos de corazón! Amador tan fino y amoroso, que lleva puntual y minuciosa cuenta de todos los pasos que dáis por su amor, de todas las lágrimas que derramáis, de todos los suspiros y oraciones que le enderezáis, de todas las penitencias que hacéis, de todas las limosnas que con sus pobres repartís; y por cualquier victoria, por pequeña que sea, que de vuestras pasiones y sentidos alcanzáis, daráos á gozar su misma gloria, y que os sentéis en su mismo trono y majestad: *Qui vicerit, dabo ei sedere mecum in throno meo*². ¡Oh qué inefable consuelo el vuestro cuando, tras un breve padecer en esta vida, vendrá él mismo á la hora de la muerte á recibirlos, y con semblante risueño y con amorosos ojos os pondrá delante las buenas obras que hubiereis hecho, aunque no advertidas acaso, ó ya olvidadas de vosotros mismos, mostrando la solicitud con que seguía y notaba vuestros pasos, y acompañándoos al paraíso celestial entre las músicas de los ángeles, y los aplausos y parabienes de los bienaventurados. El mismo con sus manos enjugará vuestras lágrimas, y desde aquella hora no más dolor, no más gemidos, no más tristezas por los siglos de los siglos: *Neque lucius, neque clamor, neque dolor erit ultra*³; sino júbilo eterno, deleites eternos, vida eterna, salud eterna, hermosura eterna, sabiduría eterna, riquezas eternas, bienaventuranza

2) De los justos
encomendándose
la perseverancia,

por vía de epílogo
de toda la cuare-
ma,

y enarecimiento
de la bondad de
Dios,

magnífico y exco-
to galardónador

por hipotiposis,

incremento,

conduplicación

¹ Ps. LXXII, 1.—² Apoc., III, 21.—³ Apoc., XXI, 4.

eterna. ¡Oh caridad infinita! ¡oh amor inefable! ¿Quién no se animará á perseverar gustoso en el servicio de un Dios tan bueno y magnífico, que quiere galardonar copiosamente como actos de liberalidad las que son en puridad obligaciones de justicia? ¡Oh justos!, ponderad, os ruego, esta largueza del corazón de Dios.

y afectos de entrañable caridad.

§) De los pecadores.

Transición.

por similes y dubitación,

Peroración indirecta, á penitencia,

por afectos de temor creciente

y de compasión apostólica,

amplificada por ilustre narración.

VIII

Que si en este piadosísimo auditorio se encontrase por ventura algún pecador rebelde, como víbora entre palomas, como venenosa adelfa entre las flores, como dañosa cizaña entre las espigas... ¿qué he de decirles por última vez á estos desdichados? ¿Acaso gritaré contra ellos, los avergonzaré, los confundiré por su terquedad y obstinación? ¡Ah, no! Sólo les quiero suplicar, por el corazón de Cristo, que no estimen tan poco su propia alma que por una golosina momentánea, por un interés caduco, por un deléite bestial, vivan en continuo riesgo de perpetua condenación. Piensen, les suplico, y ponderen en su corazón cuán acerbas les serán después aquellas hogueras sin luz, aquellas noches sin alborada, aquellos ayes sin intermisión, aquellas lágrimas sin consuelo, aquellas mazmorras sin salida, aquellos tormentos sin fin, aquellos atormentadores sin entrañas. Y si tan poco les importa que se salve ó condene su alma, les rogaré que al menos tengan compasión de aquella sangre preciosísima derramada por su amor, de aquellas carnes laceradas por su amor, de aquel cuerpo benditísimo despedazado por su amor. ¡Ah, pecadores de mi alma!, dejadme que desahogue por fin un afecto vehemente que me bulle y comprimo ha tiempo en mi afligido corazón. Mas antes oid por vez postrera una historia breve, pero extraña por demás.

Una joven honrada, como se viese tenazmente perseguida por un mozo desenvuelto, probó todos los medios para deshacerse de sus lascivas importunaciones. Empleó ruegos, echó mano de la reprensión, apeló á las amenazas. Viendo que le salían frustrados todos sus ardenes, tomó una

determinación tanto más atrevida, cuanto menos esperada. Porque, presentándosele un día en su casa el temerario mozo, se horrorizó la casta doncella como si viese una fea serpiente, y no acertando en aquel asombro de su espíritu y en aquella confusión de pensamientos cómo defenderse, agarró de improviso un crucifijo de madera muy devoto que tenía en su estancia y, corriendo precipitadamente hacia la puerta, púsole atravesado en el umbral. Entonces, con rostro ceñido, con ojos de fuego, con voz más que de mujer:— Ven, exclamó, ven y desahógate, malvado. Pero mira por dónde has de pasar para llegarte á mí; por encima de ese crucifijo. Si tienes alma para pisar sus divinales miembros, tendré yo paciencia para que profanes después los míos.— Paró de repente á estas voces y á tal actitud el desalmado joven, no sé si más atónito con la novedad que corrido de vergüenza. Mudó mil colores en un punto, y, postrándose ante el santo crucifijo, habló más con los ojos que con la lengua; deshízose en llanto, se arrepintió de su osadía, pidió castigo, propuso la enmienda.

Exposición ó el mozo temerario.

Venido, ó la ferocidad de su virgen.

por hipotiposis y apostrofe.

Desenlace ó el cambio súbito.

Aplicación á par.

Pecadores míos muy amados, á fin de apartaros de pecar heme valido, según mis fuerzas, en cerca de cuarenta sermones, de cuantos arbitrios me ha sugerido mi corazón, inspirado por la caridad. Ya os he persuadido con razones, ya aconsejado con autoridades; ya fortalecido con ejemplos, ya espantado con amenazas; ya os he atraído con promesas, y hasta me arrojé suplicante á vuestros pies, conjurándoos que no tornaseis á pecar. Pero si todavía me persuadiese yo que, aun después de agotados todos los recursos, hay en este auditorio quien, menospreciando todo esto, piensa en volver á pecar como antes, no bien haya salido de este templo, paréceme el caso de apelar, como se acostumbra en los males extremos, á cualquier extremo remedio. Y así, no dudaría ni me podría contener que no imitase el arrojó y ardimiento de aquella casta doncella, y, tomando este santísimo crucifijo, pondriálo reverente en el umbral de aquella puerta. Y, cerrando todos los pasos y salidas, gritaría desde allí con todas mis fuerzas, arrasados en lágrimas los ojos y encendido en justa indignación: Ea, ¿qué esperarás? Salid ¡oh miserables!, salid, que os están aguardando.

§) De los arbitrios del orador por toda la cuarentena.

§) Peroración, y ficción patética;

por licencia y apostrofe;

dando con ansia vuestros amigos; salid, que os llaman á concluir el juego vuestros compañeros; salid, que os esperan vuestras cortesanías; salid, que os buscan para cerrar aquellos injustos tratos vuestros socios; pero, si queréis pasar, éste es el camino. ¿Veis estos miembros tan despedazados? ¿Veis estas llagas tan profundas? Aquí habéis de sentar el pie; estos miembros y estas llagas habéis de pisar. ¿Qué dudáis? Éste es aquel Cristo cuyo santísimo nombre os complacéis de ordinario en ultrajar. Delante le tenéis: ultrajadle ahora á vuestro sabor, holladle, escupidle, pisoteadle. Enclavadas tiene las manos, no temáis que os castigue; mudos tiene sus benditos labios, no temáis que se queje. Id, pues, y ser felices, que él se quedará en la cruz pagando con sus tormentos vuestros placeres. Vosotros iréis á descansar acaso en blandas plumas; él se quedará desangrándose en un duro madero. Vosotros iréis á ceñir vuestras sienas con guirnaldas de suavísimas flores; él se quedará agonizando aquí, ceñidas las suyas de punzantes espinas. Vosotros iréis á pasar las horas entre abrazos y deleites; él se quedará aquí contándolas entre mortales agonías. Podéis hacer cuanto os plazca de este mísero y lastimado cuerpo, porque, según confiesa él mismo, ha venido á ser la befa de todas las gentes, el blanco de todas las lenguas, el desecho y basura de todos los pies. Pisoteáronme mis enemigos todo el día: *Conculcaerunt me inimici mei tota die* ¹. Cristianos: si yo en este último día hiciera tan extraña novedad, y hablase en tan desusados términos, ¿creéis que se hallaría alguien tan osado que accediese y pasase animosamente sobre la imagen del crucificado? ¿Alguien que no temiese, para ir á pecar, hollar desacatadamente el crucifijo? Y, sin embargo, ¿Dios mío, qué horror!, y, sin embargo, sabed que tal es el ultraje que cometéis vosotros, ¡oh crueles pecadores!, siempre que pecáis, ya que, según la sentencia del Apóstol, vosotros sois los que holláis al mismo Hijo de Dios: *Filium Dei conculcatis*; vosotros los que tenéis por inmunda la sangre del testamento: *Sanguinem testamenti pollutum ducitis*; vosotros los que afrentáis el es-

por amarga ironía.

contraposición.

y afectos de vergüenza.

y de dolor profundo.

Peroración directa.

por sentimientos de horror creciente.

y enorme ingratitude.

¹ Ps. LV, 3.

piritu de la gracia: *Spiritus gratiae contumeliam facitis*; por que vosotros sois los que advertidamente y de propósito, notadlo bien, advertidamente y de propósito, seguis pecando, después de recibida tanta luz, tanta verdad: *Voluntarie peccantibus post acceptam notitiam veritatis* ¹.

IX

Arg. 8.ª
Deprecación.

Mas ¿adónde, adónde me dejo llevar, arrebatado de mi celo y olvidado del lugar en que predico? Persuádome, y me complazco en creerlo así, que no hay en este religiosísimo auditorio tal linaje de pecadores, y que, si por ventura los hay, son de los penitentes, no de los obstinados. Y así, á Vos toca, ¡oh amantísimo Redentor de nuestras almas!, extender sobre su cuello los brazos de vuestra misericordia, y como padre amorosísimo obsequiar benignamente á vuestros hijos arrepentidos, estrecharlos á vuestro corazón y acercar á su rostro vuestro rostro y dar á su frente el ósculo de paz. Y si por ventura os pareciere ésta demasiada fineza, ea, Señor, no les neguéis al menos vuestra rica bendición: *Super populum tuum benedictio tua* ². Tiempo ha que la esperaran humildes, no sin harta incomodidad. No los allijáis más dilatándoles el cumplimiento de sus deseos, que os certifico, Señor, que no son indignos de ella. Éstos son los que por los martirios del auditorio.

han acudido con tanta asiduidad á este templo á escuchar vuestra palabra, y posponiendo los negocios y quehaceres domésticos, y dando de mano á las diversiones del mundo, han venido con maravillosa constancia, los días de fiesta y los de labor, á recibir vuestras divinas enseñanzas, sin que les arredrara de ello ni la tosquedad de mi decir, ni la ruindad y pobreza de mi ingenio; demostrando bien á las claras la estima grande que hacían de vuestra preciosa doctrina, pues no desdeñaron recibirla de labios de un hombre tan vil, de un orador tan desaliñado, y, lo que más es, de un pecador tan miserable como Vos sabéis. Llueva, pues, sobre todos y cada uno de mis oyentes vuestra copiosísima bendi-

Tránsito por corrección.

Súplica de entrañable caridad.

por los martirios del auditorio.

indignidad del orador.

¹ Ad Heb., x, 26.—² Ps. v, 9.

Pide la bendición final
 (repetición)
 y la da.

ción, que no la desmerecen; bendiciones de una y otra mano; bendiciones de la diestra y de la siniestra; bendiciones del rocío del cielo y de la grosura de la tierra: *De rore coeli et de pinguedine terrae* ¹. Bendecid, Señor, sus personas; bendecid sus familias; bendecid sus campos y heredades; bendecid cuanto poseen en el mundo. Y vosotros, amadísimos hermanos y respetables oyentes, quedad en paz en el Corazón sagrado de este buen Jesús, donde yo os dejo: *Et pax Dei, quae exsuperat omnem sensum, custodiat corda vestra et intelligentias vestras* ². Si, la paz de Dios, que sobrepuja todo sentido, guarde vuestros corazones, para que nunca os apartéis del bien, y vuestras inteligencias, para que nunca os desviéis de la verdad, que habéis aprendido de mis labios: *In nomine Patris et Filii et Spiritus Sancti. Amen.*

¹ Gen., xxvii, 28.—² Ad Phil., iv, 7.



OBSERVACIONES CRÍTICAS

ACERCA DEL DISCURSO TREINTA Y OCHO

Invencción. La fuente principal de ella es la propia **experiencia** del orador. ¿Quién ponderará dignamente el sabor exquisito de la miel, que no haya probado su dulzura? Y ¿cómo hablar de las consolaciones divinas sin haber gustado la dulcedumbre de ellas?

Por mucho que lo encubra su humildad, se siente en cada cláusula que lo que dice no es de oídas, sino que de la abundancia del corazón habla la lengua. Esta es la retórica de las retóricas y el arte de las artes. Si el espino no brota uvas, ni el alcornoque manzanas, ¿cómo del pecho tibio han de salir palabras encendidas?

¿Quieres que lllore? Lloro tú primero.
 Y yo á par tuyo sentiré tus males ¹.

Lo que se dice del dolor y compasión, hase de entender de la ira, del amor, del odio, del deleite y de todos los demás afectos. La madre, para dar el necesario mantenimiento de leche á su hijo, se sustenta y mantiene primero á sí misma. «Sustente, pues, el predicador con manjar espiritual al pueblo, que es hijo espiritual, con gustar él y tragar los manjares que han de pasar por sus pechos, convertidos en substancia proporcionada al estómago del pueblo. Pasen por el predicador (habla San Francisco de Borja) ² los sacrificios, las oraciones, los ayunos, las viglias, las lágrimas, las disciplinas y toda suerte de mortificación de su carne; que, para lanzar los demonios de los pecadores, estas armas nos enseñó el divino Maestro.» SÉNÉRI, de corazón puro; de espíritu pobre, de carne mortificada, de sentidos abnegados, de obediencia rendidísima, de alta y soberana contemplación, ¡cómo trataría con el Esposo que se recrea entre azucenas! ¡qué lumbré de los divinos miste-

¹ Horac. Ad Pis. 102...

Si vis me flere, dolendum est
 Primum ipsi tibi; tunc tua me infortunia laudent.

² Tratado breve del modo de predicar. Capitulo V.

rios ¡qué encendimientos de amor! ¡qué llamaradas, qué dulces abrazos y qué unión tan estrecha con su amado! Indicios son aquellos profundos sollozos, aquellos dilatados suspiros, aquel don de profecía y conocimiento de los espíritus, aquel andar por los caminos como arrobado y extático, y predicar con el rostro inflamado que parecía un serrafín. Esta, á saber, la **propia experiencia**, es la primera fuente de la invención oratoria, de la cual no hablan los autores antiguos, ni menos las estéticas modernas, donde, cuanto más se habla de **belleza artística** y de sus constitutivos, menos dan en la vena verdadera, porque, entretenidos en los arroyuelos, no cavan en el manantial, que es aquella infinita hermosura y amabilidad en que hablaba SÉNERI su abrasada sed.

La segunda fuente es el **estudio**. De todo se vale para declarar la noción de deleite y de la bienaventuranza, á fin de hacerla apetitosa. De la historia sagrada, de la profana, de la filosofía natural, de la sacra teología, de los santos Padres, de las vidas de los santos, y mayormente de las Escrituras divinas. ¡Son tantos los gustos de los oyentes á que hay que satisfacer! ¡Y son tan varias las necesidades á que hay que acudir por fuerza! Y el orador que no habla á todos los oyentes, ni da su pan ni mantenimiento propio á cada una de las facultades del hombre, no lo atracará hacia sí, ni arrebatará al fin que pretendiere. Con el estudio se allegan los manjares; mas sin el fuego de la **meditación**, que es la tercera parte de la invención, se quedarían crudos y tan desabridos, que los convidados á la mesa no los podrían digerir. La lección y el estudio ponen lo que se ha de predicar en la boca del alma, que es la memoria; pero la atenta consideración rumia y digiere toda la substancia, y planta primero en el corazón propio los afectos que desea plantar en los ajenos.

Disposición. Tras la **experiencia**, el **estudio** y la **meditación**, que son las tres partes que la invención abraza, siguese la disposición de la materia; la cual ayuda a) al **entendimiento** y clara percepción de las cosas, la cual no se compadecce con el desorden; b) á la **memoria**, que olvida con facilidad las especies inconexas; c) á la **voluntad**, porque la confusión es causa de sequedad; d) al **fruto y deleite** de los oyentes que, si oyen cosas destrabadas, ó no entienden lo que se les dice, ó no les queda rastro de ello en la memoria. Esta labor de la disposición, en que entra la **selección ó discernimiento**, es muy trabajosa y delicada, harto más que la misma invención. En un solo día crió Dios el mundo, y empleó cinco en su disposición y ornato, hasta la formación del hombre.

Y este ejemplo de la **creación** es maravilloso á nuestro intento. Allí trazó el Señor un palacio donde morase el hombre; y el predicador ha de procurar que, mediante su elocuencia, habite el Espíritu Santo en las almas. Primero crió Dios la materia informe; la tierra estaba vana y vacía, y las tinieblas cubríanla sobre la haz del abismo, y el Espíritu del Señor se movía sobre las aguas: primero concibe el orador el **plan ó idea** del discurso; es un abismo cubierto de tinieblas; pero no temáis; el espíritu divino flota sobre las aguas tenebrosas, é imprimiéndolas el impetu de su santa inspiración, las vivificará con su calor y perfeccionará esta obra tan imperfecta. Allí dijo Dios que hubiese luz y hubo luz, y dividióla de las tinieblas, y á la luz llamó día y á las tinieblas noche; aquí, ante todas las cosas se hace luz, como quien enciende una lámpara en una estancia muy oscura, que es determinar el **fin** y vislumbrar los **principales medios** para llegar á él, separando los útiles de los inútiles ó nocivos, esto es, la luz de las tinieblas. Allí se hizo el firmamento en medio de las aguas, dividiendo las unas de las otras: aquí se fija y asienta el **estado**, y el **género**, y la **tesis** ó la hipótesis, y los límites de la cuestión más ó menos dilatados conforme al intento del orador. Allí se juntaron las aguas en un lugar, y apareció la tierra con sus montes y llanuras, con sus puertos y concavidades, y la tierra brotó luego hierba verde y árboles fructíferos; aquí, deputado su lugar propio á los afectos blandos, se descubre lo seco y árido del **racionio**, que debe hermoarsearse con gran abundancia y riqueza de **sentencias, autoridades**, razones, metáforas, figuras de las sagradas letras, ejemplos, comparaciones é historias. Y como Dios de tal manera recogió las aguas en el mar, que juntamente dejó en la tierra muchedumbre de fuentes y de ríos que la regasen y fertilizasen; así, el orador, aunque tiene su lugar para la moción de los afectos, pero la **unción divina** va destilando de los montes á los valles por las entrañas mismas del racionio, hasta entrar en el mar espacioso de la persuasión. Aquí, como allí, hay lumbreras resplandecientes, las mayores y las menores, y el ejército de las estrellas, que son aquellas figuras que los retóricos llaman por esta razón **lumbreras oratorias**, porque iluminan y esmaltan el discurso, y presiden al día y á la noche, á la primera y á la segunda parte, al racionio y á la pasión oratoria. Mas ¿qué fuera todo el mundo sin los vivientes? ¿y qué el discurso sin la **vida secreta**, que circula por todos sus miembros y late en cada vocablo, por indifferente que parezca? De este modo se va disponiendo y hermooseando la oración, aposentadora de Dios en las almas de los hombres.

¡Cuán fácil me fuera patentizarlo en ésta de las consolaciones divinas, si no saltara á la vista por las notas que van al margen, y si no lo hubiera ya particularizado en otras varias! Omítole, pues, para pasar á la

Elocución. **Sencilla** en la introducción, **exornada** en la confirmación, **vehemente** en la peroración, se parece á la luz del sol que va creciendo hasta el perfecto día. Por donde se ve que los tres linajes de estilo, **llano**, **templado** y **sublime**, caben y se armonizan en un mismo discurso. El mérito de SÉNERI consiste en dar á cada figura y á cada palabra su propio y natural asiento, por manera que no se pueden trocar por otras, sin descajar toda la armazón de las ideas ó desvirtuar la fuerza de la pasión. En los movimientos tranquilos no es tan grave el inconveniente que resulta de no acertar con las figuras ó estilo propio, pero es gravísimo en la que podemos llamar grandilocuencia.

Lo **primero** que debemos considerar es si la cuestión lo pide: *Equidem primum considerare soleo; postuletne causa. Nam neque parvis in rebus adhibendae sunt hae dicendi faeces...*¹ En este discurso, por ejemplo, fuera ridícula esa grandilocuencia al principio ó al medio, pero está en su lugar en ambas peroraciones. Lo **segundo**, la disposición de los oyentes: *Neque ita animatis hominibus, ut nihil ad eorum mentes oratione flectendas proficere possimus; ne aut irrisione aut odio digni putemur, si aut tragoedias agamus in nugis, aut convellere adoriamur ea, quae non possint commoveri.* Por lo cual hay que practicar lo que hacía el gran maestro de la romana elocuencia: *Equidem cum aggredior ancipitem causam et gravem, ad animos iudicium pertractandos, omni mente in ea cogitatione curaque versor, ut odoror quam sagacissime possim, quid sentiant, quid existiment, quid expectent, quid velint, quo deduci oratione facillime posse videantur*². Lo **tercero**, hemos de estudiar nuestra naturaleza, carácter, virtudes, edad, pasiones, autoridad, y sobre todo la actual disposición de nuestro cuerpo y de nuestro espíritu: *Aliter enim juniores, aliter senes; aliter principes viri, aliter humiles, atque privati; aliter inferioris ordinis ministri, aliter episcopi et superiores praelati dicere debent*³. Y trae Granada la sentencia de Quintiliano, que la retórica es prudentia dicendi⁴, y á la prudencia toca ver y regular lo que conviene y está bien á cada uno. El orador Lisias leyó á Sócrates un excelente discurso que había compuesto en su defensa; y «Magnífica oración, respondió este, y muy elegante por cierto, mas no cae bien á Só-

¹ De Orat., lib. II, cap. 51.—² Ibid., n. XLIV.

³ Granad. Rhet., lib. V, cap. 17.

⁴ Inst. Orat., lib. II, cap. 20.

crates: *Praeclara, inquit, et elegans oratio est, sed non convenit Socrati*, por no ser digna de tan gran filósofo.—Pues ¿cómo?, replicó Lisias, ¿no decís que el discurso es excelente?—Respondió Sócrates: ¿No puede acacer que un vestido ó calzado ajuste perfectamente y dé hermosura á uno, y venga mal á otro?¹—¿Y cómo ha de pelear ni moverse el pastorcito David con las lucidas armas del corpulento Saúl?

Dos cualidades, sobre todo, distinguen la elocución señeriana: su extremada popularidad, y un carácter sagrado y soberanamente divino. Nace la **popularidad** de que las palabras son propias, claras y corrientes; la frase castiza corre por su cauce natural; la construcción se redondea ó corta por sí misma; las figuras y ornamentos, los más populares que emplean Demóstenes y Tulio, San Cipriano y el Crisóstomo; y esto nace á su vez de que siempre habla al corazón del pueblo, siempre le trae una cuestión de vida ó muerte, siempre va á la práctica y acomete una empresa dificultosa, y como mantiene suspenso á su auditorio y como arrebatado por el río de oro de su sencilla elocuencia. No hay cosa más contraria á esta popularidad, y aun á la elocuencia general, que lo que podríamos llamar **academicismo**, ó sea la manía exageradamente académica y purista de aquellos que, según dice Quintiliano, *omissa rerum, qui nervi sunt in causis, diligentia, quodam inani circa voces studio senescunt*². La belleza y lustre del estilo es una cualidad hermosísima, dice, *sed quum sequitur, non cum affectatur*. A los cuerpos sanos, de robusta complexión y fortalecidos con el ejercicio, lo mismo que les da fuerzas les comunica hermosura. El lujo afeminado en el vestir, sin adornar el cuerpo descubre la vanidad del alma. A este modo, la elocución rebuscada, y como pintada con lujo de colores, afemina las mismas cosas que vienen ataviadas con aquel traje. Lo que debe procurarse con todo ahinco es que el cuerpo de la elocuencia esté bien complexionado y robusto: ¿á qué gastar tanto tiempo en limar las uñas y peinar la cabellera? *Majore animo aggredienda eloquentia est; quae, si toto corpore valet, unguis polire et capillum reponere non existimabit ad curam suam pertinere*.

Lo que da **carácter sagrado** á la elocución de SÉNERI es el uso frecuente y casi continuado de la Escritura y Santos Padres, cuyas palabras, imágenes y sentencias brotan espontáneamente de sus labios, como de pecho lleno de Dios.

¹ Quint. Lib. xi, cap. 1; Val. Max. Lib. vi, tit. iv; Cic. De Orat., lib. 1, cap. 54.

² Inst. Orat., lib. viii.

Sabía que la conversión de las almas está vinculada no á la palabra del hombre, sino á la palabra que, como espada de dos filos, sale de la boca del Señor; sabía que sólo la «voz del Señor enfrena el ímpetu de las aguas: Tronó el Dios de la majestad: el Señor sobre muchas aguas: voz del Señor con poder, voz del Señor con magnificencia»¹. Con esta convicción procura, en cuanto le es posible, que desaparezca el hombre y que hable Dios, ya por sí, ya por los profetas, ya por los varones particularmente alumbados del cielo para salud del mundo. SÉÑERI casi nunca los traduce al romance, porque el pueblo entendería entonces el latín: yo siempre los traslado, con esta diferencia: que si el latín es corto ó de especial fuerza en la declamación, lo intercalo en el contexto; si es largo ó parece que embaraza, déjolo al pie. Por este mismo respecto de guardar á nuestra elocuencia su carácter sagrado, he suprimido constantemente la palabra **señores**, y adopto las fórmulas harto más sinceras y cristianas que nos enseñaron los padres y varones apostólicos. El **Avemaría** antes de entrar en la Confirmación, no conviene que se omita en general, y es costumbre española introducida por San Vicente Ferrer. Vician también la elocuencia sagrada los **neologismos** y **voces técnicas** que van adulterando la majestad, hidalguía y robustez del habla castellana. Con más horror aún se ha de huir de los **barbarismos** sin cuento, que, si Dios no lo remedia, acabarán con la lengua de Granada y del divino Avila, y la extranjerizarán totalmente, como han extranjerizado ya las ideas y las costumbres. Resistamos á la corriente invasora, y retardemos de nuestra parte la ruina de la elocuencia. La verdad revelada tiene su lengua propia en nuestra España. Respetémosla y guardémosla como los vasos sagrados. Las cosas de Dios han de tratarse con lengua de Dios; y ninguna como la nuestra, manejada por nuestros áureos escritores. ¿Se ha progresado en las ciencias físicas y naturales? Válganse, pues, de vocablos nuevos para los nuevos descubrimientos. Pero ¿qué progresos hemos hecho en el orden moral y sobrenatural? Luego reténgase el antiguo lenguaje, y con él la antigua fe y religión. *Depositum custodi, devitans profanas vocum novitates*², nos avisa el Apóstol. La herejía de los tiempos modernos, lo ha dicho el Concilio Vaticano³, es el **naturalismo**, que niega el orden sobrenatural, y en su consecuencia confunde y baraja todos los vocablos, **naturalizándolos**, si así puede decirse, y arrancándoles el

¹ Ps. XXVIII.—² 1 Tim., VI, 20.

³ Const. prima de Fide, Proemio.

sello de divinidad que los siglos cristianos les impusieron. De aquí tanta **fe** política, tanto **credo** político, tanto **sacerdocio** de la prensa, tanta **misión** de la mujer, tantos **mártires** de la libertad, tanto **bautismo** y tanta **comuni6n** de los pueblos. Más valdría divinizar, como hicieron nuestros místicos del siglo XVI, el lenguaje humano, que humanar y profanar tan sacrilegamente el lenguaje divino. Atajemos estas herejías de palabras, que llevan poco á poco á las herejías de pensamiento.

Memoria. No hemos hablado en estos estudios de la **memoria**, cuarta parte de la Retórica, según los antiguos. Hoy se ha desterrado de las preceptivas, ignoramos por qué causa. Cuando todas las artes, aun la de abonar la tierra, tienen su lugar en la moderna enseñanza, no lo tiene la de cultivar, acrecentar y robustecer una potencia tan noble, tan necesaria, y, por decirlo así, tan disciplinable como la memoria. SÉÑERI, siguiendo las huellas de los maestros clásicos, habla de ella en el tratado V de su *Arte de predicar bien*, donde nos da la clave de una retentiva tan potente como la suya. Allí explica los ejercicios con que se ayuda la memoria; desenvuelve su teoría, no falta de originalidad, acerca de la memoria local é imágenes de que se sirve, y trata finalmente del arte de no olvidar las cosas. Con mayor erudición y más amplio criterio trata de la memoria nuestro Arias Montano en el libro IV de sus libros retóricos, al cual y á Quintiliano y á la Retórica á *Horennium* remitimos al curioso lector. En dos cosas convienen todos: la primera, que la elocuencia, sobre todas las demás ciencias y disciplinas, necesita la ayuda de la memoria. ¿Por qué? Porque

*Frustra quis nostra velit praecepta subire,
Frustra omnis labor, et studium profunditur omne,
Ni memori valeat mentis componere cuncta
Conceptu, et retinere simul res verbaque cuncta*¹.

La segunda, que la memoria ha menester de continuo y bien ordenado ejercicio más que todas las facultades del hombre:

*Namque illa veterano
Pars animi capitur nostri magis omnibus una,
Et torpet non culta diu, viresque remittit,
Angustatque locos, et sedes contrahit omnes.*

Y ¿cómo asentaremos en la memoria un discurso entero

¹ Arias, Rhet. lib. IV.